1

UN MARIC

233706



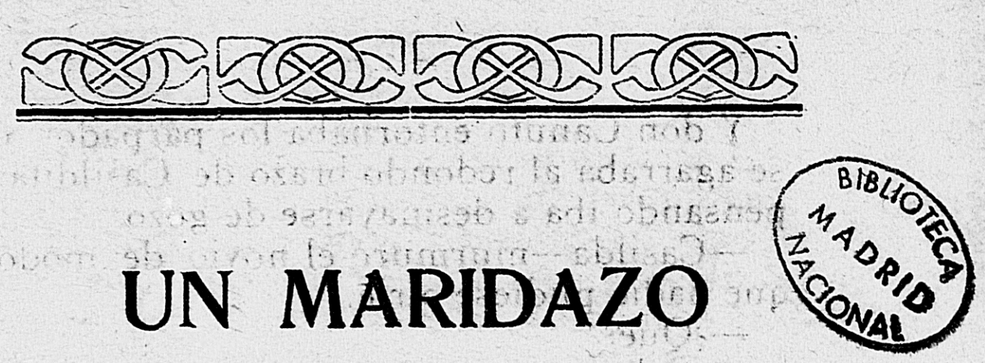
BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233706

47 | 1505184



UN MARIDAZO

Poco antes de las nueve de la mañana, los recién casados salieron de la iglesia. Don Canuto, el flamante esposo, pequeñín y cuadrado, iba orondo, sudoroso, rojo de satisfacción, y de vez en cuando se quitaba el sombrero para secarse el copioso sudor que bañaba su pelada cabeza. Ella, Casildita, con los negros cabellos y el redondo seno cubierto de azahares, caminaba a menudos pasos y con los ojos puestos en el suelo, esquivando las miradas indiscretas de los transeuntes mal educados.

El padrino, un simpático tabernero, amigo íntimo de don Canuto, repartía limosnas a los mendigos que se acercaban a la alegre comitiva disparando enhorabuenas y alargando las pedigüeñas manos. Muchos vecinos curiosos se asomaron a los balcones; los porteros lenguaraces cuchicheaban; un grupo de muchachos gritaba:

—¡Vivan los novios!

—¡Viva el padrino!

R. 3224104

Y don Canuto entornaba los párpados y se agarraba al redondo brazo de Casildita, pensando iba a desmayarse de gozo.

—Casilda--murmuró el novio de modo que nadie pudiese oirle.

—¿Qué?

—¿Sabes una cosa?

—Yo sólo sé que te quiero mucho,

—¡Y yo, que tengo ya unas ganitas de cogerte a solas!

—¡Por Dios, Canutito! No digas esas cosas que me pongo colorada.

—Así estás más guapa.

—Sí, pero sufro, ¿Sabes lo que me dijo esta mañana un cochero? Pues fué: «¿Cómo sé casa usted con un hombre que se llama Canuto? ¿No comprende usted que ese nombre, por sí solo, es una indecencia?

Los chicos que perseguían a la boda continuaban gritando;

—¡Viva el padrino!

—¡Vivan los novios!

Doña Leocadia, la suegra de don Canuto, se acercó a su hija.

—Casildita--murmuró la excelente señora que era muy católica y temerosa del «qué dirán». sepárate un poco de tu marido.

—¿Por qué mamá?

—Estáis llamando la atanción.

—¿Nosotros?

—Sí, fíjate en lo coloradas que tiene Canuto las orejas y la nariz; todo el mundo lo ha advertido. Doña Bárbara, la esposa de Pérez, el prestamista, está escandalizada.,. y eso que malas lenguas aseguran que cuando soltera, tuvo uua casa especial allá en Huesca...

Casildita obedeció el consejo materno, pero no pudo reprimir dos lágrimas que el rubor y tristeza hicieron asomar a sus ojos.

—¿Qué es eso?--la preguntó Canuto en voz baja

Ella repuso:

—Cuando estemos solitos te lo diré, bien mio. Entre tanto, compadéceme; soy muy desgraciada.

El almuerzo, sin embargo, fué alegre; los invitados engulleron a dos carrillos. bebieron copiosamente y charlaron hasta por los codos. A la hora de la sidra, (el champan, por demasiado caro se suprimió), las mujeres estaban coloradas como cerezas, las rodillas de machos y hembras se buscaban con afán lascivo, y hasta los varones más sesudos experimentaban en sus interioridades, gozosas inquietudes.

A las tres de la tarde el general mareo degeneró en estupenda y bulliciosa borra-

chera; todos hablaban a gritos, nadie se entendía, y con achaque de que Canuto y Casilda ya estaban casados y podían oirlo todo, unos y otros comenzaron a disparar sobre los novios un chaparrón de disparates.

—¡Quiero, amigo Canuto,—exclamó uno de los circunstantes,—que a tu mujer la des esta noche dos besos de mi parte!

—¡Y yo un abrazo—añadió la madrina!

—¡Y otros dos por nosotros!—agregaron Pérez el prestamista y su mujer.

—¡Hija mía!—gritó Leocadia, abrazando a Casilda,—da las gracias a estos señores por el mucho bien que te desean... y tú, Canuto, hijo querido, mide tus fuerzas y ve a lo que te comprometes, de modo que nadie quede chasqueado.

Entonces Canuto se levanto, extendiendo los brazos; su gesto, por lo gallardo, fué digno de un rey.

—¡He prometido a estos señores—exclamó—dar nueve besos a su salud; mas otros nueve que daré por mi cuenta, dieciocho. ¡Esas son las caricias que mi adorada Casidilta, aquí presente, recibirá esta noche.

Una salva estruendosa de aplausos acogió estas palabras henchidas de amor y de fe. y los invitados, en vista de lo avanzado de la hora, comenzaron a desfilar.

—¡Adiós, querido; te deseamos para esta noche un corazón de bronce—decían los hombres.

Las mujeres abrazaban y besuqueaban a Casilda; todas, hasta las más castas, envidiaban su fortuna.

—¡Qué suerte tienes, picarona!—decían —¡quién estuviera esta noche en tu cuerpo y en tu cama!...

Al quedarse solos, la novia tuvo necesidad de agacharse. Al verla en aquella actitud el impetuoso Canuto sintió que toda su pasión se desataba, y arremetiendo a su mujer, comenzó a besarla en la nuca y a pellizcarla las nalgas, que eran duras y grandes.

—¡Por Dios, Canuto, déjame; me das miedo!

—Estoy loco por ti.

—Estate quieto... que no me dejas hacer...

—¡Pero, pedazo de gloria, ¿cómo quieres que me esté quieto, cuando considero que ahora mismo estás con el corazón abierto?... Como no te levantes, me parece que voy a quitarte el azahar con los dedos antes que con los besos.

La reaparición de doña Leocadia interrumpió el diálogo.

—Vaya, hijos míos—exclamó la indul-

gente señora,--veo que estáis ya muy enamorados. Asi, pues, despidámonos cuanto antes y marcháos a vuestra casa; porque «el casado—como enseña el refrán—casa quiere».

II

El hotelito que don Canuto y su mujercita habían alquilado para pasar sosegadamente las tres o cuatro semanas de su luna de amor, se hallaba sito en los alrededores de la ciudad y aislado de los demás hoteles vecinos por un vasto jardín.

Cuando Casildita y don Canuto llegaron a su casa, eran las ocho de la noche, la cocinera ya les tenía preparada la cena, y ellos comieron deprisa, anhelando retirase cuanto antes a sus habitaciones. A los postres la joven tuvo un movimiento pudoroso verdaderamente infantil.

—Me avergüenza dijo que la servidumbre vea que dormimos juntos. ¿Qué pensarán de nosotros?

Canuto se echó a reir, abriendo el torrente de su vozarrón alegre y grotesco.

—¿Qué han de pensar?—exclamó—¡buena es esa! Creerán lo natural: pues yo me pasaré la noche cerquita de ti y que pondremos cuanto esté de nuestra parte para comprar un chiquillo.

Después llamó a las dos criadas que tenía a su servicio.

—¡Marta. Susana!

Las muchachas acudieron enseguida.

—¿Qué manda el señor?

—Podéis acostaros.

—¿Los señores no necesitan nada?

—Nada. Acostáos tranquilas y aunque oigais ruido y hasta gritos, no hagáis caso. Ya sabéis que durante las noches de novio las mujeres suelen quejarse bastante.

—Lo sabemos, señor, por amarga experiencia.

Las muchachas se retiraron y un instante después roncaban tranquilamente en sus habitaciones, bien resueltas a no moverse aunque el hotel se viniese abajo.

El dormitorio de los recién casados se hallaba situado en la planta baja del hotel y era una espaciosa estancia con dos ventanas enrejadas abiertas sobre el jardín. En el centro de la habitación, junto al techo, resplandecía un poderoso foco de luz eléctrica, bajo cuya luz nimbada la hermosa

Casildita comenzó a desnudarse.

—Quítate también la camisa—dijo don Canuto.

—Me da mucha vergüenza.

—¡Bah, no seas tonta! En la vida no hay más que una noche de novios, y a esa noche inolvidable no debemos negarle ningún placer ni ninguna confianza.

Y añadió persuasivo, poniendo en sus palabras taimadas un dulzor que sabía a caramelos.

—¿Tú no has oído hablar a tus amigas de que las mujeres y los hombres que se quieren, hacen, en cuanto están juntos, muchas cositas buenas?

—Ya lo creo; las solteras, no hablamos más que de eso.

—Pues bien: yo quiero enseñártelo todo, absolutamente todo, ser tu «iniciador», de tal suerte que, si acaso llegase a morir antes que tú y tú te enamorases de otros hombres, ninguno pueda enseñarte más de lo que yo te enseñé. Deseo, pues, morderte cara a cara, poniéndote tú pegadita a mí, según es de ritual..

—Canuto de mi alma...

—Y luego, mientras tu corazoncito descánsa, me entretendré en morderte el cogote.

—Vas a hacerme mucho daño.

—Es posible, pero al principio nada más, luego te respondo que experimentarás un deleite extraordinario.

—Tú dispones, dueño adorado mío—repuso Casildita mimosamente—tú eres el amo y yo la esclavita que sólo piensa en complacerte.

—Finalmente y para compensarte de todos los dolorcillos que esos dos mordiscos te proporcionen, me incaré de rodillas y te besaré los tobillos y las corvas y eso te hará conocer placeres de los que vosotras, las nuevas, no podéis tener idea.

Así diciendo, don Canuto desnudó a Casilda, y él mismo acabó por quedarse igual, después de lo cual hizo que su mujer se acostase boca arriba en el lecho.

—Abrete de brazos—dijo—y cierra los ojos, como si estuvieras muerta: lo demás corre de mi cuenta.

Seguidamente empezó a besarla, empezando por los rosados deditos que se crispaban bajo la presión de aquella caricia, y luego fué descendiendo por el torneado magnífico del brazo, hasta llegar al delicioso sobaco cuyo rizoso vello besó y mordisqueó amorosamente. Ella ronroneaba como una gata. El murmuró, resoplando de pasión.

—Abre un poco los brazos.

Casilda obedeció; él la cogió los labios de coral y abriéndolos delicadamente dióse a besarlos con fruición, Sus excitados nervios se electrizaban haciendo correr por el cuerpo de la joven vibraciones de espasmo.

—Canuto, por amor de Dios,

—¿Te gusta, rica?

—Me vuelves loca, Si yo hubiera sabido que era esto tan bueno... (el cielo me perdone si digo una infamia), me parece que no hubiese llegado tonta al matrimonio,

Estos juegos alborotaron desaforadamente la carne de don Canuto, cuyo cuello había adquirido cualidades de dureza y de volumen verdaderamente formidables, Casildita, aunque cachonda, experimentó cierto temorcilló al considerar que aquella fiera había de disponer de su cuerpo.

—Que cuello tan recio tienes, y que venas más llenas de sangre, ¿No te se reventarán?

—No lo creas; tengo la piel muy dura,

Ella repuso curiosa, como buena nieta de Eva,

—¿Me permites que lo toque?

—Tócalo o muérdelo, lo que gustes, tuyo es.

—¡Que duro, si parece de piedra!—exclamó la joven cuyas minúsculas manecitas se deslizaban tímidamente sobre el enfurecido gaznate de don Canuto,

Estas caricias acabaron de trastornar a la joven,

—¡Esposo mío!—gritó—bésame de una vez, porque yo no puedo aguantar más; siento que mi corazón se abre de par en par, y que mis sienes arden.

—Todavía no — contestó Canuto — yo también estoy desesperado, pero eomprendo que aún debo jugar un poquito contigo; así tu placer y el mío serán más intensos,

La colocó boca abajo en el lecho y mientras la besaba a lo largo de la espalda. con las manos la acariciaba alternativamente los brazos, el rostro y la cintura, conservando de este modo por igual la tensión voluptuosa en todo su cuerpo.

El volumen de Casildita parecía el de una napolitana por su dureza, esplendor y tersura, Las nalgas eran blancas y suaves, rosada la piel y todo ello formaba una pompa admirable, excitante, diabólica, como modelada por todos los genios del dulce pecado,

Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, la joven comenzó a ondular como una serpentina, Al cabo, empezó a gritar:

—¡Muérdeme, Canuto!... ¡Muérdeme o me muero!

—Aún es temprano.

Canuto, que nunca perdía el dominio de sí mismo, en lugar de ceder a las reiteradas súplicas de Casilda, continuó con sus marrullerías y garatusas produciéndola cosquillas inimaginables.

Mientras esto sucedía, en el jardín del hotel iba desarrollándose bajo las tinieblas de la noche y con el mayor sigilo, una escena bien diferente,

Casilda, poco antes de ponerse en relaciones con su Canuto, había tenido amores con un tal Pablo, que era una de las peores cabezas de la ciudad.

Pablo se hallaba en la taberna trasegando unas botellas de vino con sus íntimos amigotes Serafín y Ricardo, cuando un mal intencionado fué a decirle que Casilda se casaba.

—Pues yo juro a fe de quien soy--exclamó Pablo--que la noche de novios esa no se acuesta con Canuto, porque estoy resuelto-a robarla como estos dos bravos me ayuden,

—Ya sabes--replicó Ricardo-- que con Serafín y conmigo puedes contar para todo.

Y no hablaron más. Pero el día de la boda de Casilda los tres se reunieron dispuestos a cumplir lo que mutuamente se



habían ofrecido, aunque para ello tuviesen que echarle al pobre Canuto las tripas al aire.

Una vez en el jardín del hotel, Pablo y sus amigos, que iban provistos de ganzúas, palanquetas y otras herramientas capaces de allanar las puertas más seguras, penetraron en la casa por una ventana que su buena suerte les presentó entreabierta. Muy pronto las voces de Canuto y de su mujer les indicaron el verdadero sitio en donde quedaba el dormitorio de los recién casados, y así paso a paso, llegaron a la puerta de la alcoba, sobre la cual Pablo dió algunos suaves golpecitos.

Canuto preguntó:

—¿Quién llama?

—Un antiguo conocido tuyo. Pablo... que viene sin otro propósito que el de robarte a la mujer y darte a ti en el cogote.

Al oir el nombre de Pablo, Casilda lanzo un grito y el pobre don Canuto se echó a temblar.

—¿Qué hacemos?--balbuceó.

—Huir--repuso ella más muerta que viva:--Huir, porque Pablo no viene solo, le acompañan sus amigachos Serafín y Ricardo, que son dos foragidos; les he reconocido por la voz.

—Bueno, sí; ¿pero por dónde escaparnos?

De pronto tuvo una idea, una de esas ocurrencias peregrinas que únicamente nos asaltan en los momentos de gran peligro, y fué coger un martillo y comenzar a demoler el tabique que separaba al dormitorio del comedor. Pablo y sus satélites, entre tanto, forcejeaban para abrir la puerta.

—Pronto, pronto--murmuraba Casilda --date prisa... que nos alcanzan.

Don Canuto, rojo del cansancio y de miedo, trabajaba sin responder, y ante su vigoroso esfuerzo, los ladrillos iban cayendo uno a uno.

III

Al cabo don Canuto logró abrir en el tabique que tan tenazmente se oponía a su liberación, un agujero lo bastante grande para que por él pudiese pasar el cuerpo de un hombre que no fuese muy grueso.

—Sígueme--exclamó Canuto.

Y metiéndose de cabeza por el espirácu-lo cayó del otro lado; operación en la cual Casilda le ayudó eficazmente empujándole

por las piernas.

En aquel momento Pablo, Serafin y Ricardo, forzaron la puerta; sus bocas, llenas de lujuria, reían alegres; el triunfo iluminaba sus semblantes.

Casildita, loca de terror, se lanzó por el agujero; pero, ¡oh desgracia! la abertura por donde cupo el cuerpecillo corto y rechoncho de don Canuto, era demasiado estrecho para dar cabida al opulentísimo centro de la joven, y ésta quedó trabada a la altura de las caderas.

Don Canuto, desesperado, tiraba de los brazos de Casildita furiosamente, como si tratase de arrancárselos.

—Ven--gritaba--ayúdame; ¿no comprendes que de otro modo esos foragidos van a morderte?

Ella respondía:

—No puedo... ¿No ves que no puedo?

Y lloraba, lloraba la pobrecita, porque los ladrillos del fatal boquete la herían el talle.

De pronto sintió que varias manos impacientes y vigorosas la sobajeaban y pellizcaban las nalgas. Eran Pablo y sus amigos, cuya alegría al encontrarse con aquel riquísimo banquete de carne fresca, fué indescriptible.

—Al que no quiere caldo, taza y media,

dice el refrán--exclamó Pablo--y recuerdo esto porque Casilda, que antes no quiso besarse conmigo, ahora va a tener que hacerlo con todos nosotros.

Al oir estas palabras, el desventurado don Canuto estuvo a punto de desvanecerse y se llevó ambas manos a la frente como para palparse los reverendos cuernos con que la fatalidad le amenazaba. Casilda procuró consolarle.

—No te apures—murmuró la heróica joven—y esperemos los acontecimientos. Ya ves, yo no me quejo y soy la única que se halla verdaderamente amenazada.

Y hablando así, su carne excitada todavía por la caricia imprudente de don Canuto, se extremecía gozosa, como presintiendo la llegada de algún brusco deleite.

—¿Qué hacemos con ésta?—interrogó Serafín—¿la sacamos de ahí?

—¿Para qué?—interrumpió Pablo que era hombre práctico, enemigo de perder tiempo en maniobras inútiles;—en la posición en que se halla, nos ofrece todo lo más rico que tiene su cuerpo.

—¡Ea, pues vamos con ella!—gritó Ricardo.

Los tres hombres se quitaron las americanas dejando al descubierto sus pechos que el deseo enarbolaba y fortalecía.

—Antes de empezar la faena—dijo Pablo—quiero cerciorarme de una cosa.

—De qué?

—De si es verdad que la chiquilla está en ayunas todavía, porque es muy posible que ese animal de Canuto, como es tan parsimonioso y tan farolero para todas sus cosas, no la haya besado todavía.

—Veamos.

Pablo deslizó una mano exploradora y la reconoció.

—¡Maldita sea mi estampa!—exclamó—¡pues si la muchacha esta nueva!

—¿Es posible?

—Como os lo digo. .

Todos se apresuraron a comprobar la exactitud de la noticia, y se convencieron de que Pablo no se había engañado.

—Por consiguiente—dijo éste—la moza merece toda clase de honores. Por mi parte, prometo atizarla un par de mordiscos sin respirar.

—Y yo otros dos—agregó Serafín.—Ricardo, probablemente, dará algunos más.

El aludido que era el más fiero de todos, repuso gravemente.

—Sí; yo, de primera intención, la soltaré tres o cuatro bocados, por lo menos.

Oyendo tales despropósitos, don Canuto, aunque acobardado por el número y

fortaleza de sus enemigos, no pudo reprimir una blasfemia que se le subió a la boca. Aquella amenaza, aunque lanzada con cierta timidez, atravesó el endeble tabique y llegó a oidos de Pablo.

—¡Oye, tú, barbón!—gritó el matasiete; como te atrevas a rechistar te vamos a cortar la lengua y las orejas. Y, por si la noticia te conviniese, te advierto que todos venimos armados, como puede comprobarlo tu mujer.

Esto diciendo, pinchaba ligeramente con la punta de su cuchillo las nalgas de Casildita. La pobre muchacha, toda medrosa, rogó a su marido que no alborotase.

—Estamos perdidos—dijo—y lo más cuerdo es resignarnos con nuestra mala estrella.

En el fondo estaba contenta, esperando sentirse envuelta en aquel delirante asalto de amor que sus tres verdugos meditaban. Pero don Canuto, en cambio, estaba inconsolable.

—¿Y para esto—decía—te preparé yo con tanto celo, para qué otros te mordiesen?...

Pablo, entre tanto, se colocó detrás de Casildita y después de armarse de su cinturón de correa, lo dobló por la mitad y empezó a azotarla fuertemente para hacerla en-

trar en calor. Pero la operación no era fácil porque al sentir la carne flagelada, la joven oponía a la cruenta operación una resistencia desesperada y huía el precioso cuerpo a los golpes, con movimientos rápidos y sacudimientos nalgatorios por demás voluptosos.

—Esta sinvergüenza se me escapa—rugía Pablo.

Entonces Serafín acudió en auxilio de su amigo e incándose de rodillas en el suelo, agarróse a las caderas de Casildita y las sujetó cuanto pudo. El cuerpo así dominado, cedió el movimiento y Pablo arremetió con más vigor. La joven suspiraba de placer y de dolor, pues los golpes, a la vez que la lastimaban, la enardecían la sangre produciéndola una excitación agradable.

—Venga otro poquito--murmuró Pablo, a quien la locura de la flagelación le congestionaba.

Tornó Serafín a sujetar las nalgazas de Casildíta, y el verdugo tiró la correa y empezó a soltar una lluvia de cachetes sobre la temblorosa carne de su exnovia y a morderla con verdadera saña.

Estas caricias sádicas esparcieron en el cuerpo de la virgen una poderosa sensación de calor.

Casildita puso los ojos en blanco.

Don Canuto, que no cesaba de observarla, preguntó:

--¿Qué te hacen?

—No me atrevo a decírtelo.

—¡Habla de una vez! Prefiero una certidumbre, por dura que sea, a la inquietud.

—Para dura, esposo mío—repuso la joven, extremeciéndose,--la paliza que en en estos momentos están dándome en el cuerpo.

--¿Cómo? ¿están dándote bocados?

—Sí.

—¡Animales, salvajes!... ¿Y te gusta, hija?

—Eso es lo raro. Canuto de mi alma—balbuceó Casildita, que se relamía gozosa, --que me gusta; me duele y me gusta...

Afortunadamente don Canuto era un alma de Dios, «un filósofo», como denomina el pueblo a los maridos que aguantan sus cuernos con paciencia, y la ingenua contestación de su esposa no le ofendió.

--Menos mal, mujer—exclamó;--pues que esto «estaba escrito» que había de suceder, más vale que no sufras.

Pablo, que por un momento descansó del vapuleo, se apercibía a comenzar con la segunda sesión, que fué más dulce, y sus labios iban y venían de un lado para otro besando y acariciando todas las seña-

les y verdugones que dejaron los golpes.

Luego, como advirtiese que ella oscilaba gozosa su espléndido panorama, exclamó:

--¡Muy bien, cachonda! Cualquiera, al verte, creería que conocías el oficio.

De pronto Casildita cesró los párpados, adornados de largas pestañas sedosas, y empezó a suspirar.

—¿Qué tienes, rica?--preguntó don Canuto, alarmado.

—¡Ay, esposo mío! Una sensación muy rara... una emoción muy buena... muy honda... que no conozco.

—Eso es que vas a la gloria.

—¡Ay, qué bueno está!

Entonces don Canuto hubo de pensar que «del lobo un pelo», y que pues los otros gozaban, justo era que él disfrutase también. Con este cuerdo pensamieto se echó de rodillas al suelo, y cogiendo entre sus manos la línda cebeza de Casildita, empezó a besuquearla con verdadero frenesí los ojos, la frente, los carrillos y los labios. Luego arrimó su gaznate a la boca de la joven.

--¿Qué hago con esto?--preguntó ella.

—Besármelo, mordérmelo despacito, acariciarme...

Ella obedeció, y con tanta habilidad realizó la suerte, que al mismo tiempo que

suspiraba Pablo apasionadamente, don Canuto se retorcía gozoso. Los dos hombres gruñían y hasta relinchaban de gusto; pues en verdad te digo, lector, que no sé qué será mejor; si dejar que nos besuquée una boca bonita, o dar mordiscos a una mujer de buenas mollas. En cuanto a Casildita, gozó extraordinariamente, ¡Y bien ganado se lo tenía la pobre!

Después Ricardo le rasgó la camisa, disparándola, una tras otra, las cuatro manotadas prometidas. Serafin la mordió también, y durante el resto de la noche continuaron pellizcando y besando el precioso y nunca fatigado cuerpo de la sin par Casildita, por turno riguroso. Así, mientras uno besaba y mordía o azotaba, otro la cogía por la cintura o bien la sugetaban uno por cada pierna los dos verdugos libres.

Casildita, deseando aminorar el celoso tormento de don Canuto, le besó y mordisqueó hasta conseguir llevarle a la gloria nueve veces.

***

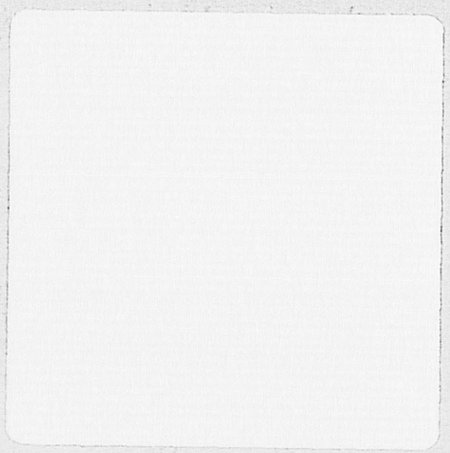
Al día siguiente don Canuto, que temía se divulgase su deshonra, realizó sus bie-

nes y fué a establecerse en X en compañía de su mujer; y como comprendió que esta era una excelente administradora..., puso una casa de pupilos. Después la suerte, no siempre hostil, le concedió tres hijas, bastante bonitas y tan finas como su madre, merced a las cuales los negocios de don Canuto prosperaron notablemente.

Hoy día don Canuto es feliz.

Tales fueron las consecuencias económicas de aquella noche memorable.

FIN



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras. Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.

Con tituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRECA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.